

Ideas para acortar la distancia

Construir nuevas instituciones. La urgencia de la ciencia

21 abril 2020

Autor: Darío Gil, director de IBM Research en Estados Unidos.

La Administración de la Seguridad Social, los Laboratorios Nacionales de EE.UU. y los Centros para el Control de Enfermedades, la Fundación Nacional de Ciencias, DARPA y la NASA, el Departamento de Seguridad Nacional. Sus orígenes: la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría y el 11-S.

Las crisis siempre han sido catalizadores para la renovación institucional y la reinención, y la pandemia de COVID-19 no será diferente. Incluso en medio de todo esto, mientras nos enfrentamos a la proverbial situación de "casa en llamas" y todo lo que podemos ver son emergencias por todas partes, la naturaleza misma de las coaliciones que se están formando y las soluciones que están surgiendo serán la base de las instituciones que están por venir.

La creación de la asociación de supercomputación público-privada más grande de la historia es un poderoso ejemplo. El COVID-19 High Performance Computing Consortium ha reunido al gobierno, la academia y la industria para acelerar el proceso de descubrimiento de nuevos tratamientos y vacunas contra la COVID-19 con la ayuda de supercomputadoras. El Departamento de Energía de EE.UU. y la Oficina de Política de Ciencia y Tecnología de la Casa Blanca están liderando el esfuerzo junto con IBM, una institución privada. Otros gigantes tecnológicos también se han unido. Muchos suelen ser rivales, pero no en esto: Google, Microsoft, Amazon, Hewlett Packard Enterprise, Nvidia y AMD. Varias organizaciones nacionales de EE.UU. también se han sumado, incluyendo la NASA y la National Science Foundation; seis laboratorios nacionales, entre ellos, Los Alamos, Oak Ridge y



Sandia; y también nueve universidades, como el MIT, Carnegie Mellon, la Universidad de Texas - Austin y la Universidad de California - San Diego.

Sin un contrato único, este consorcio fue concebido y lanzado en solo cinco días, un verdadero reflejo del poder catalítico de una crisis sin precedentes. Debería ser evidente que una pandemia global -el equivalente microscópico de una invasión alienígena- exige unir fuerzas, unidad y cooperación. El virus no hace concesiones entre instituciones, pasaportes, identidad o posiciones políticas. Dentro de los estados-nación estamos presenciando muchos de esos momentos de movilización, pero también está claro que no estamos viviendo un momento de unidad internacional y coordinación global. Quizá esto no sea una sorpresa, teniendo en cuenta el resurgimiento del nacionalismo en todo el mundo y la retirada de la globalización.

Momentos anteriores de cooperación regional y global fueron impulsados por el deseo urgente de trascender los horrores de la guerra y la necesidad de prosperidad económica; condujeron a la creación de las Naciones Unidas (y su Consejo de Seguridad) y a la alianza de la OTAN, junto con la aparición de la Unión Europea, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC). Los ideales subyacentes de todas estas instituciones estaban arraigados en el poder de la ley y en los principios y lecciones de la economía moderna. En el mejor de los casos, ambas son disciplinas que han tratado de comprender la naturaleza de la condición humana y de nuestras interacciones. No es sorprendente que los abogados y economistas hayan dominado los pasillos del poder y de la opinión pública.

Esta vez es la naturaleza misma la que necesitamos entender y gobernar. Es la naturaleza de los microorganismos y las moléculas pequeñas, y nuestra capacidad para controlarlos lo que determinará nuestro destino durante una pandemia. Todas las demás medidas son temporales, ya sea el distanciamiento social o los paquetes de rescate económico. Solo nos comprarán tiempo. Es la ciencia en la búsqueda de la salud pública la que salvará al mundo.

La urgencia de la ciencia debe trascender esta crisis. Ahora es el momento de elevar la ciencia y el pensamiento científico a los pasillos del poder, como se hizo con el



pensamiento legal y económico en décadas pasadas para arraigar los fundamentos intelectuales de nuestra economía política moderna. Como medida de la distancia que nos queda por recorrer, consideremos el hecho de que más de la mitad de los 535 miembros del Congreso de los Estados Unidos son abogados, mientras que solo hay dos doctores científicos y un doctor matemático. Pero más allá de reclutar científicos como líderes, es el pensamiento científico el que debemos infundir tanto en las instituciones existentes como en las nuevas. Los errores conceptuales fundamentales en el pensamiento económico causaron un sufrimiento indescriptible a miles de millones de personas durante el siglo pasado. Ya sea para combatir las pandemias o el cambio climático global, el pensamiento científico claro y la urgencia con la que movilizamos el poder y los recursos basados en lo que la ciencia nos dice, determinarán el bienestar y la prosperidad de miles de millones de personas en todo el mundo.